

salvacion. En su *Nueva Eloisa* nos presenta un hombre que no cree en la vida futura, y que, sin embargo, es el modelo de un padre de familia, el modelo de un hombre virtuoso: «Hace el bien sin esperar recompensa; es más virtuoso que nosotros, porque es más desinteresado. Podemos compadecernos de él, porque le falta esta fe consoladora; pero ¿debemos creer por esto que será castigado? No, no, la bondad, la rectitud, las costumbres, la honradez, la virtud, esto es lo que Dios exige y recompensa, éste es el verdadero culto que Dios quiere de nosotros. Si Dios juzga la fe por las obras, el ser hombre de bien es creer en él. El verdadero cristiano es el hombre justo; los verdaderos incrédulos son los malos» (1).

Hé aquí la religion tal como la entiende la humanidad moderna. En vano se dice que ésta es la religion de Cristo; no es ciertamente la religion que se llama cristiana, es la religion de Sócrates y de Marco Aurelio, más bien que la de San Pablo; es la moral. No se puede decir siquiera que es la moral fundada en la religion, aun cuando se redujese la religion á la nocion de Dios y de la inmortalidad del alma; porque acabamos de oír á Rousseau que la fe en Dios no es necesaria y que el hombre puede tener todas las virtudes sin tener un átomo de fe. Los ortodoxos dirán que esto es negar, destruir toda religion, y no se equivocan, si por religion se entiende la religion que consiste en creer ciertos artículos de fe: tal es la religion del pasado: la de Rousseau se reduce á la moral natural.

¿A qué quedan reducidas en este orden de ideas las religiones positivas? Pudiera creerse que Rousseau las reprueba. No; y en esto se separa de los filósofos del siglo XVIII, incluso Voltaire. A los ojos de los libres pensadores las religiones que dirigian las almas eran obras de mentira, ó al ménos de locura. Rousseau, por el contrario, dice: «Yo considero todas las religiones particulares como otras tantas instituciones saludables que prescriben en cada país una manera uniforme de honrar á Dios por medio de un culto público, y que pueden todas encontrar su razon en el clima, en el gobierno, en el genio del pueblo, ó en alguna otra causa local

(1) *La Nueva Eloisa*, 6.^a parte.

que haga la una preferible á la otra, segun los tiempos y lugares. Yo las creo todas buenas, cuando en ellas se sirve á Dios convenientemente. El culto esencial es el del corazón. Dios no rechaza su homenaje, cuando es sincero, bajo cualquier forma que le sea ofrecido» (1). Si Rousseau se aleja de la filosofía del siglo XVIII por su respeto á la religion, se aleja igualmente de la ortodoxia cristiana. El cristianismo subordina la moral á la religion; de aquí ha resultado, con ayuda de la ambicion sacerdotal, que la moral se vició. Rousseau hace consistir en la moral la esencia de la religion: la moral es el fin, la religion no es más que el medio: el fin es siempre el mismo, pero los medios pueden diferir segun los tiempos y lugares. Hay más, los medios deben diferir, como difiere la educacion segun la edad y la aptitud de los educandos. Rousseau rechaza como una locura la idea de una religion universal; los misioneros no le inspiran más simpatías que los conquistadores (2).

III.

Hémos aquí ya léjos del cristianismo tradicional, y aún no hemos concluido. Rousseau absorbe la religion en la moral, pero ¿qué moral es ésa? ¿Es la moral ortodoxa? ¿Es al ménos la moral evangélica? Si se tomase al pié de la letra el entusiasmo de Rousseau por la santidad del Evangelio, habria que decir que es cristiano en el sentido de que se atiene á la *buena nueva* predicada por Jesucristo. Pero no es así. No conserva la moral cristiana más que en cuanto está conforme con la ley natural. Ahora bien, lo que caracteriza principalmente la predicacion evangélica es un espiritualismo desordenado. Rousseau no acepta este espiritualismo; lo critica con viveza. Detengámonos un momento, porque se trata de un punto capital. Se repite incesantemente que la moral del Evangelio es un ideal que el hombre no hubiese podido concebir por las solas fuerzas de su naturaleza, y se repite también que los filósofos del siglo XVIII han tomado, y hasta diríase han robado,

(1) *Profesion de fe del vicario saboyano* (*Emilio*, lib. IV).

(2) *Carta á M. Beaumont*.

su moral al cristianismo. Pues aquí tenemos uno de esos filósofos, el único que se ha llamado cristiano: no se le censurará por haber despreciado el Evangelio; pero cuando Rousseau prescindiera del sentimiento para interrogar la razón, su opinión es completamente diferente, y se ve precisado á confesar que la pretendida perfección del Evangelio es demasiado perfecta, lo cual equivale á decir que es un ideal falso.

El cristianismo es una religión del otro mundo, y este otro mundo es todo lo contrario, mejor dicho, la negación de este mundo, es decir, de la vida real. ¿Cómo, pues, conciliar la religión cristiana con la realidad? La conciliación es imposible, porque la antinomia es absoluta. De aquí resultan consecuencias que la razón no puede aceptar, y que prueban que el principio mismo, esa moral tan perfecta y tan decantada, es falso. Los que toman en serio el espiritualismo cristiano, abandonan la vida y van á encerrarse en un claustro. El monaquismo, ¡hé aquí en qué viene á parar el famoso ideal del Evangelio! Rousseau no se digna siquiera hablar de él. El monaquismo estaba en plena decadencia, los monjes mismos no creían ya en su pretendida perfección, aspiraban á salir de su sepulcro, para volver á la vida verdadera. Pero Rousseau, al ocuparse en trazar las leyes que deben regir á las sociedades civiles, tuvo que examinar cuál era la influencia del cristianismo sobre la vida política. Era entusiasta por la idea de patria, de ciudad, de Estado. La religión, dicen, es el fundamento de la sociedad: ¿es esto cierto respecto del cristianismo?

¿Cómo ha de dar el cristianismo fuerza al vínculo social, cuando no tiene relación alguna con el cuerpo político? Antes bien, lejos de atraer á los creyentes al Estado, la religión cristiana los separa de él, como de todas las cosas de la tierra. «No conozco nada más contrario al espíritu social» dice Rousseau. Lo que Rousseau dice del cristianismo en sus relaciones con la sociedad parece una caricatura, y es, sin embargo, la expresión exacta de la verdad: «El cristianismo es una religión completamente espiritual, ocupada únicamente de las cosas del cielo: la patria del cristiano no está en este mundo. Cumple sus deberes, es verdad, pero lo hace con una profunda indiferencia acerca del bueno ó mal resultado de sus actos. Con tal que no tenga nada que echarse en cara, poco le im-

porta que todo vaya bien ó mal aquí abajo. Si el Estado está floreciente, apenas se atreve á participar de la felicidad pública; teme enorgullecerse con la gloria de su país; si el Estado está en decadencia, bendice la mano de Dios que castiga á su pueblo.»

Bayle había puesto ya de manifiesto la contradicción irresoluble que existe entre el cristianismo y las exigencias de la vida real. Montesquieu le respondió, haciendo un magnífico elogio del cristianismo. Pero el ilustre autor del *Espíritu de las leyes* ensalzaba lo que apenas conocía. Rousseau se encargó de reemplazar la ficción con la verdad: «Se nos dice que un pueblo de verdaderos cristianos formaría la sociedad más perfecta que se puede imaginar. No veo en esta suposición más que una gran dificultad, y es que una sociedad de verdaderos cristianos no sería ya una sociedad de hombres.» ¿Quiere esto decir que sería una sociedad de ángeles? Rousseau añade inmediatamente: Y digo además que esta supuesta sociedad no sería, con toda su perfección, ni la más fuerte, ni la más duradera; su vicio destructor estaría en su perfección misma.» Esta vez Juan Jacobo se burla del cristianismo; ¡singular perfección en efecto la que contiene el germen de una imperfección irreparable! Veamos esa sociedad tan perfecta; por los frutos juzgarémos el árbol.

«Para que una sociedad cristiana se conservase, sería preciso en primer lugar que todos los ciudadanos, sin excepción, fuesen igualmente buenos cristianos.» Esta suposición nos transporta ya á un mundo imaginario, imposible: ¿no es sabido que son muchos los llamados y pocos los escogidos? Luego siempre hay muy pocos verdaderos cristianos; éstos forman la ciudad de Dios en medio de un mundo que es el imperio de Satanás. Esta es la realidad. No es, pues, calumniar á la sociedad cristiana el suponer con Rousseau que habrá en ella un ambicioso, un hipócrita, un Catilina, por ejemplo, ó un Cromwell; éste seguramente hará lo que quiera de sus piadosos compatriotas. «En cuanto haya descubierto por medio de alguna astucia el arte de imponerse á ellos y de apoderarse de una parte de la autoridad pública, queda el hombre constituido en dignidad: Dios quiere que se le respete. Bien pronto llega á ser un poder: Dios quiere que se le obedezca. ¿Abusa del poder de que es depositario? Es la vara con que Dios

castiga á sus hijos. Sería cargo de conciencia arrojar al usurpador... En último resultado, ¿qué importa ser libre ó esclavo en este valle de miserias? Lo esencial es ir al paraíso, y la resignacion es un medio más para conseguirlo.»

La crítica es perfecta, parece una sátira. ¿Dígasenos dónde está la exageracion? Rousseau no hace más que atribuir á los cristianos los sentimientos y las ideas de la perfeccion evangélica; ¿de qué pueden quejarse? No es esto todo. El mundo todo no está compuesto de buenos cristianos; hay cismáticos, hay herejes, hay infieles. Será difícil que no haya guerra. ¿Qué harán los cristianos perfectos? Pudiera decirse con Bayle que no se defenderán, que presentarán la mejilla izquierda al que les hiriese en la derecha. Rousseau no va tan adelante; supone que los ciudadanos cristianos marcharán sin dificultad al combate y que cumplirán con su deber; pero, dice, lo harán sin pasion por la victoria, saben más bien morir que vencer. «¿Qué importa que sean vencidos ó vencedores? ¿No sabe la Providencia mejor que ellos lo que les conviene? Ponedlos frente á frente de esos pueblos generosos á quienes devoraba el amor ardiente de la gloria y de la patria; suponed la república cristiana frente á frente de Esparta ó de Roma; los piadosos cristianos serán batidos, derrotados, destruidos... Era un bello juramento en mi opinion el de los soldados de Fabio; no juraron vencer ó morir; juraron volver victoriosos y cumplieron su juramento. Los cristianos no hubiesen hecho nunca semejante juramento; hubieran creído tentar á Dios.»

Rousseau es entusiasta de Esparta y de Roma; la república es su ideal. ¿Qué piensa el cristianismo de las formas de gobierno y de la libertad de los ciudadanos? Juan Jacobo acaba de pronunciar la palabra *república cristiana*, y se retracta; una de estas dos palabras, dice, excluye á la otra: «El cristianismo no predica más que servidumbre y dependencia. Su espíritu es demasiado favorable á la tiranía, para que ésta no saque partido. Los verdaderos cristianos están hechos para ser esclavos; lo saben y les importa muy poco; esta corta vida tiene á sus ojos muy poco precio» (1). Aquí los defensores del cristianismo dirán que se le ca-

(1) *Contrato social*, lib. IV, c. VIII.

lumnia. Esto no prueba más que una cosa, y es que no son cristianos más que de nombre. Juan Jacobo conocía bastante mejor el cristianismo cuando escribía: «El que no tiene más pasion que su salvacion, no hace nunca nada grande en este mundo» (1). Rousseau, nótese bien, razona siempre desde el punto de vista del cristianismo evangélico: refiérese, pues, siempre á la religion de Jesucristo; la perfeccion ideal, predicada por el Hijo de Dios, es la que destruye la sociedad, haciendo á los hombres indiferentes á la libertad y á la patria. ¿Qué sería si considerásemos el catolicismo que se precia de ser el único heredero legitimo del divino maestro!

«Hay, dice Rousseau, una secta extraña que da á los hombres dos legislaciones, dos jefes, dos patrias, que los somete á dos deberes contradictorios, y les impide poder ser á la vez devotos y ciudadanos. Tal es la religion de los Lamas, tal es la de los Japoneses, tal es el cristianismo romano. Puede llamarse á éste la religion del sacerdote. De aquí resulta una especie de derecho mixto é insociable que no tiene nombre. Es tan evidentemente mala, que es perder el tiempo el entretenerse en demostrarlo. Todo lo que rompe la unidad social no vale nada; todas las instituciones sociales que ponen al hombre en contradicción consigo mismo no valen nada.» La crítica es dura, pero exacta; ¿qué digo? Rousseau no dice toda la realidad. Supone que los católicos tienen todavía una patria civil, que son ciudadanos, que obedecen á las leyes. Si se trata de verdaderos católicos, es preciso decir que todas estas suposiciones son gratuitas. El verdadero católico, el católico ultramontano, no tiene más que una patria, Roma; no conoce más que una ley, la de la Iglesia; cuando hay conflicto, sabe que debe obedecer á Dios ántes que á los hombres, y para él Dios es el papa. Y esto no son teorías, esto es la pura realidad. Como consecuencia de la reaccion que sigue fatalmente á los movimientos revolucionarios, el ultramontanismo ha invadido todos los países católicos; se ha encendido entre la Iglesia y el Estado una guerra universal, en unas partes declarada y audaz, en otras oculta y disimulada. Esta es la anarquía tan bien descrita por Rousseau: el

(1) *Carta* de 15 de Julio de 1763 á Usteri, profesor en Zurich.

sacerdote manda en nombre de Dios desobedecer al legislador civil. Es preciso que el Estado ceda ó que la Iglesia abdique. El Estado no puede ceder, cualquiera que sea la debilidad ó aún la conivencia de los que se hallan á su frente; porque al ceder se suicidaria. Es preciso, pues, que la Iglesia se doblegue. Con poca fuerza que tenga el Estado, la Iglesia tiene buen cuidado de no hacerle resistencia frente á frente; pero esto no basta, porque, cuando no puede hacerle la guerra declarada al Estado, lo mina por medio del fraude; lo cual equivale á introducir un elemento más de disolucion. No hay más que un camino de salvacion para la sociedad; es necesario que el cristianismo histórico se transforme. Tal es la consecuencia lógica de la doctrina de Rousseau, áun cuando él no la haya formulado.

IV.

¡ Cosa singular! Esa misma guerra intestina que el cristianismo introduce en la sociedad civil, la tenía Juan Jacobo en sus sentimientos y en sus ideas. Hay en él lucha entre el cristiano y el ciudadano. Escribe al arzobispo de París que es cristiano; hace un elogio entusiasta del Evangelio; dice que el que lo ha inspirado debía ser más que un hombre. Habla el sentimiento: procura, dice, inspirar su corazón en el espíritu del Evangelio, sin atormentar su razón con lo que le parece oscuro. Pero, por más que haga, tiene una razón que no puede conformarse con aquellas oscuridades, llamadas misterios, milagros, sobrenatural: tiene dudas; confiesa que no tiene esa fe robusta que encuentra la evidencia en la revelación. ¿ Por qué, pues, continúa dentro de una religión que su razón rechaza? « Porque su corazón le inclina á ella; porque no tiene más que consuelos para él; no porque la vea demostrada, porque ciertamente á sus ojos no lo está. » Hé aquí un creyente cuya fe no es muy sólida; ¿ qué hará cuando ocurra á su corazón un conflicto con su razón? Es muy de temer que la razón haga callar al corazón.

Esto es efectivamente lo que sucede á Juan Jacobo cuando habla como ciudadano. Si ensalza el Evangelio, no por eso deja de

admirar las repúblicas de Grecia y de Roma. Al contemplar aquellas ciudades que su fantasía idealiza, le asaltan escrúpulos que ponen en grave apuro al cristiano: « Muchas gentes, dice, han considerado hasta ahora á las repúblicas de Esparta y de Roma como bien constituidas, á pesar de que no creían en Jesucristo. » Sin embargo, Rousseau sigue persuadido de que la religión es necesaria para la buena constitucion de un Estado. Esta religión no puede ser el cristianismo, al ménos, añade, el de hoy. Hé aquí, pues, á Rousseau precisado á formular una religión que convenga á su ciudad, religión que no es el cristianismo de hoy; ¿ no es en realidad un cristianismo transformado lo que busca como un ideal, sin darse cuenta de ello? (1). En vano pretende que es cristiano, que cree en todas las virtudes esenciales del cristianismo. Le engaña su corazón; como hombre es cristiano, queremos creerlo; pero es positivo que, como ciudadano, no quiere el cristianismo. ¿ Es posible esta distinción? No; porque la religión y el hombre no forman más que uno, y si el ciudadano no encuentra de su gusto la religión cristiana, es más que probable que la fe del hombre no sea muy seria. En realidad Rousseau no es cristiano más que en el nombre, como lo son todos aquellos que se llaman cristianos en nuestros días y que se verían muy apurados si tuvieran que formular su fe.

Los verdaderos cristianos, así protestantes como católicos, están acordados en rechazar á Rousseau. Juan Jacobo se llamaba y se creía defensor del cristianismo; según los reformados ortodoxos, es su enemigo más peligroso: « El regreso al cristianismo primitivo, dicen, y á sus dogmas, no tiene mayor obstáculo que vencer que su escepticismo de nuevo género sembrado por Rousseau en las entrañas de la sociedad moderna. » ¿ Qué se entiende por escepticismo de un escritor que en el siglo XVIII pasaba por un creyente, por un apóstata de la filosofía? « Rechaza los dogmas fundamentales de la revelación y únicamente conserva la moral cristiana. » Este es el gran crimen de Juan Jacobo. Entre esos dogmas tan caros á la Reforma, ¿ cuál es el que más interesa á los celosos? « El pecado original, que es, según ellos, la verdadera base de la moral. »

(1) Carta de 1762 á Mercet.